

de altos y grandes cues, y en buen llano asentada, y verdaderamente de léjos parecia en aquella sazón á nuestra gran Valladolid de Castilla la Vieja; y lo otro, porque estaba en parte cercana de grandes poblaciones, y tener muchos bastimentos y tan á la mano á nuestros amigos los de Tlascalá, y con intencion de estarnos allí hasta ver de qué manera podríamos ir á Méjico sin tener guerra, porque era de temer el gran poder de mejicanos; si Dios nuestro Señor primeramente no ponía su divina mano y misericordia, con que siempre nos ayudaba y nos daba esfuerzo, no podíamos entrar de otra manera. Y después de muchas pláticas y acuerdos, nuestro camino fué por Cholula; y luego Cortés mandó que fuesen mensajeros á les decir que cómo, estando tan cerca de nosotros, no nos enviaban á visitar y hacer aquel acato que son obligados á mensajeros, como somos, de tan gran rey y señor como es el que nos envió á notificar su salvación; y que los ruega que luego viniesen todos los caciques y papas de aquella ciudad á nos ver, y dar la obediencia á nuestro rey y señor; si no, que los ternia por de malas intenciones. Y estando diciendo esto, y otras cosas que convenia envialles á decir sobre este caso, vinieron á hacer saber á Cortés cómo el gran Montezuma enviaba cuatro embajadores con presentes de oro, porque jamás, á lo que habíamos visto, envió mensaje sin presentes de oro, y lo tenia por afrenta enviar mensajeros si no enviaba con ellos dádivas; y lo que dijeron aquellos mensajeros diré adelante.

CAPITULO LXXX.

Cómo el gran Montezuma envió cuatro principales, hombres de mucha cuenta, con un presente de oro y mantas, y lo que dijeron á nuestro capitán.

Estando platicando Cortés con todos nosotros y con los caciques de Tlascalá sobre nuestra partida y en las cosas de la guerra, viniéronle á decir que llegaron á aquel pueblo cuatro embajadores de Montezuma, todos principales, y traían presentes; y Cortés les mandó llamar, y cuando llegaron donde estaba, hicieronle grande acato, y á todos los soldados que allí nos hallamos; y presentado su presente de ricas joyas de oro y de muchos géneros de hechuras, que valian bien diez mil pesos, y diez cargas de mantas de buenas labores de pluma, Cortés los recibió con buen semblante; y luego dijeron aquellos embajadores por parte de su señor Montezuma que se maravillaba mucho estar tantos días entre aquellas gentes pobres y sin policía, que aun para esclavos no son buenos, por ser tan malos y traidores y robadores, que cuando mas descuidados estuviésemos, de día y de noche nos matarian por nos robar, y que nos rogaba que fuésemos luego á su ciudad y que nos daría de lo que tuviese, y aunque no tan cumplido como nosotros merecíamos y él deseaba; y que puesto que todas las virtualles le entran en su ciudad de acarreo, que mandaría proveernos lo mejor que él pudiese. Aquesto hacia Montezuma por sacarnos de Tlascalá, porque supo que habíamos hecho las amistades que dicho tengo en el capítulo que dello habla, y para ser perfectas, habían dado sus hijas á Malinche; porque bien tuvieron entendido que no les podía venir bien

ninguna de nuestras confederaciones, y á esta causa nos cebaba con oro y presentes para que fuésemos á sus tierras, á lo menos porque saliésemos de Tlascalá. Volvamos á decir de los embajadores, que los conocieron bien los de Tlascalá, y dijeron á nuestro capitán que todos eran señores de pueblos y vasallos, con quien Montezuma enviaba á tratar cosas de mucha importancia. Cortés les dió muchas gracias á los embajadores, con grandes caricias y señales de amor que les mostró, y les dió por respuesta que él iría muy presto á ver al señor Montezuma, y les rogó que estuviesen algunos días allí con nosotros, que en aquella sazón acordó Cortés que fuesen dos de nuestros capitanes, personas señaladas, á ver y hablar al gran Montezuma, é ver la gran ciudad de Méjico y sus grandes fuerzas y fortalezas, é iban ya camino Pedro de Albarado y Bernardino Vazquez de Tapia, y quedaron en rehenes cuatro de aquellos embajadores que habían traído el presente, y otros embajadores del gran Montezuma de los que solian estar con nosotros fueron en su compañía; y porque en aquel tiempo yo estaba mal herido y con calenturas, y harto tenia que curarme, no me acuerdo bien hasta dónde allegaron; mas de que supimos que Cortés había enviado así á la ventura á aquellos caballeros, y se lo tuvimos á mal consejo y le retrujimos, y le dijimos que cómo enviaba á Méjico no mas de para ver la ciudad y sus fuerzas; que no era buen acuerdo, y que luego los fuesen á llamar que no pasasen mas adelante; y les escribió que se volviesen luego. Demás desto, el Bernardino Vazquez de Tapia ya había adolecido en el camino de calenturas, y como vieron las cartas, se volvieron; y los embajadores con quien iban dieron relacion dello á su Montezuma, y les preguntó que qué manera de rostros y proporción de cuerpos llevaban los dos teules que iban á Méjico, y si eran capitanes; y parece ser que les dijeron que el Pedro de Albarado era de muy linda gracia, así en el rostro como en su persona, y que parecia como al sol y que era capitán; y demás desto, se lo llevaron figurado muy al natural su dibujo y cara, y desde entonces le pusieron nombre el Tonacio, que quiere decir el sol, hijo del sol, y así le llamaron de allí adelante; y el Bernardino Vazquez de Tapia dijeron que era hombre robusto y de muy buena disposición, que también era capitán; y al Montezuma le pesó porque se habían vuelto del camino. Y aquellos embajadores tuvieron razon de compararlos, así en los rostros como en el aspecto de las personas y cuerpos, como lo significaron á su señor Montezuma; porque el Pedro de Albarado era de muy buen cuerpo y ligero, y facciones y presencia, y así en el rostro como en el hablar en todo era agraciado, que parecia que estaba riendo, y el Bernardino Vazquez de Tapia era algo robusto, puesto que tenia buena presencia; y desdeque volvieron á nuestro real, nos holgamos con ellos, y les decíamos que no era cosa acertada lo que Cortés les mandaba. Y dejamos esta materia, pues no hace mucho á nuestra relacion, y diré de los mensajeros que Cortés envió á Cholula, y la respuesta que enviaron.

CAPITULO LXXXI.

Cómo enviaron los de Cholula cuatro indios de poca valía á desculparse por no haber venido á Tlascalá, y lo que sobre ello pasó.

Ya he dicho en el capítulo pasado cómo envió nuestro capitán mensajeros á Cholula para que nos viniesen á ver á Tlascalá; é los caciques de aquella ciudad, como entendieron lo que Cortés les mandaba, parecieron que seria bien enviar cuatro indios de poca valía á desculpar é á decir que por estar malos no venian, y no trujeron bastimento ni otra cosa, sino así secamente dieron aquella respuesta; y cuando vinieron aquellos mensajeros estaban presentes los caciques de Tlascalá, é dijeron á nuestro capitán que para hacer burla dél y de todos nosotros enviaban los de Cholula aquellos indios, que eran macegales é de poca calidad. Por manera que Cortés les tornó á enviar luego con otros cuatro indios de Cempoal á decir que viniesen dentro de tres días hombres principales, pues estaban cuatro leguas de allí, é que si no venian, que los ternia por rebeldes; y que cuando vengan, que les quiere decir cosas que les convienen para salvación de sus ánimas, y buena policía para su buen vivir, y tenellos por amigos y hermanos, como son los de Tlascalá, sus vecinos; y que si otra cosa acordaren, y no quieren nuestra amistad, que nosotros no por eso los procuráramos de descomplacer ni enojarnos. Y como oyeron aquella amorosa embajada, respondieron que no habían de venir á Tlascalá, porque son sus enemigos, porque saben que han dicho dellos y de su señor Montezuma muchos males, y que vamos á su ciudad y salgamos de los términos de Tlascalá; y si no hicieren lo que deben, que los tengamos por tales como les enviamos á decir. Y viendo nuestro capitán que la excusa que decian era muy justa, acordamos de ir allá; y como los caciques de Tlascalá vieron que determinadamente era nuestra ida por Cholula, dijeron á Cortés: «Pues que así quieres creer á los mejicanos, y no á nosotros, que somos tus amigos, ya te hemos dicho muchas veces que te guardes de los de Cholula y del poder de Méjico; y para que mejor te puedas ayudar de nosotros, te tenemos aparejados diez mil hombres de guerra que vayan en vuestra compañía;» y Cortés les dió muchas gracias por ello, é consultó con todos nosotros que no seria bueno que llevásemos tantos guerreros á tierra que habíamos de procurar amistades, é que seria bien que llevásemos dos mil, y estos les demandó, y que los demás que se quedasen en sus casas. E dejemos esta plática, y diré de nuestro camino.

CAPITULO LXXXII.

Cómo fuimos á la ciudad de Cholula, y del gran recibimiento que nos hicieron.

Una mañana comenzamos á marchar por nuestro camino para la ciudad de Cholula, é íbamos con el mayor concierto que podíamos; porque, como otras veces he dicho, adonde esperábamos haber revueltas ó guerras nos apercebíamos muy mejor, é aquel día fuimos á dormir á un río que pasa obra de una legua chica de Cholula, adonde está hecha ahora una puente

de piedra, é allí nos hicieron unas chozas é ranchos; y esa noche enviaron los caciques de Cholula mensajeros, hombres principales, á darnos el parabien venidos á sus tierras, y trujeron bastimentos de gallinas y pan de su maíz, é dijeron que en la mañana vendrían todos los caciques y papas á nos recibir é á que les perdonasen porque no habían salido luego; y Cortés les dió con nuestras lenguas doña Marina y Aguilar que se lo agradecía, así por el bastimento que traían como por la buena voluntad que mostraban; é allí dormimos aquella noche con buenas velas y escuchas y corredores del campo. Y como amaneció, comenzamos á caminar hácia la ciudad; é yendo por nuestro camino, ya cerca de la población nos salieron á recibir los caciques y papas y otros muchos indios, é todos los mas traían vestidas unas ropas de algodón de hechura de marlotas, como las traían los indios capotecas; y esto digo á quien las ha visto y ha estado en aquella provincia, porque en aquella ciudad así se usan; é venian muy de paz y de buena voluntad, y los papas traían braseros con incienso, con que zahumaron á nuestro capitán é á los soldados que cerca dél nos hallamos. E parece ser aquellos papas y principales, como vieron los indios tlascaltecas que con nosotros venian, dijéronselo á doña Marina que se lo dijese á Cortés, que no era bien que de aquella manera entrasen sus enemigos con armas en su ciudad; y como nuestro capitán lo entendió, mandó á los capitanes y soldados y el fardaje que reparásemos; y como nos vió juntos é que no caminaba ninguno, dió: «Paréceme, señores, que antes que entremos en Cholula que demos un tiento con buenas palabras á estos caciques é papas, é veamos qué es su voluntad; porque vienen murmurando destos nuestros amigos de Tlascalá, y tienen mucha razon en lo que dicen; é con buenas palabras les quiero dar á entender la causa por que veniamos á su ciudad. Y porque ya, señores, habeis entendido lo que nos han dicho los tlascaltecas, que son bulliciosos, será bien que por bien den la obediencia á su majestad, y esto me parece que conviene;» y luego mandó á doña Marina que llamase á los caciques y papas allí donde estaba á caballo, é todos nosotros juntos con Cortés; y luego vinieron tres principales y dos papas, y dijeron: «Malinche, perdonadnos porque no fuimos á Tlascalá á te ver y llevar comida, y no por falta de voluntad, sino porque son nuestros enemigos Masse-Escaci y Xicotenga é toda Tlascalá, é porque han dicho muchos males de nosotros é del gran Montezuma, nuestro señor, que no basta lo que han dicho, sino que ahora tengan atrevimiento con vuestro favor de venir con armas á nuestra ciudad;» y que le piden por merced que les mande volver á sus tierras, ó á lo menos que se queden en el campo, é que no entren de aquella manera en su ciudad, é que nosotros que vamos mucho en buena hora. E como el capitán vió la razon que tenia, mandó luego á Pedro de Albarado é al maestre de campo, que era Cristóbal de Olí, que rogasen á los tlascaltecas que allí en el campo hiciesen sus ranchos y chozas, é que no entrasen con nosotros sino los que llevaban la artillería y nuestros amigos los de Cempoal, y les dijese la causa por que se mandaba, porque todos aquellos caciques y papas se temen dellos; é que cuan-

do hubiéremos de pasar de Cholula para Méjico que los enviara á llamar, é que no lo hayan por enojo; y como los de Cholula vieron lo que Cortés mandó, parecia que estaban mas sosegados, y les comenzó Cortés á hacer un parlamento, diciendo que nuestro rey y señor, cuyos vasallos somos, tiene grandes poderes y tiene debajo de su mando á muchos grandes príncipes y caciques, y que nos envió á estas tierras á les notificar y mandar que no adorén ídolos, ni sacrifiquen hombres ni coman de sus carnes, ni hagan sodomías ni otras torpedades; é que por ser el camino por allí para Méjico, adonde vamos á hablar al gran Montezuma, y por no haber otro mas cercano, venimos por su ciudad, y también para tenellos por hermanos; é que pues otros grandes caciques han dado la obediencia á su majestad, que será bien que ellos la dén, como los demás. E respondieron que aun no habemos entrado en su tierra é ya les mandamos dejar sus teules, que así llaman á sus ídolos, que no lo pueden hacer; y dar la obediencia á ese vuestro rey que decís, les place; y así, la dieron de palabra, y no ante escribano. Y esto hecho, luego comenzamos á marchar para la ciudad, y era tanta la gente que nos salía á ver, que las calles é azuteas estaban llenas; é no me maravillo dello, porque no habían visto hombres como nosotros, ni caballos, y nos llevaron á aposentar á unas grandes salas, en que estuvimos todos é nuestros amigos los de Cempoal y los tlascaltecas que llevaron el fardaje, y nos dieron de comer aquel día é otro muy bien é abundantemente. E quedarse há aqui, y diré lo que mas pasamos.

CAPITULO LXXXIII.

Cómo tenían concertado en esta ciudad de Cholula de nos matar por mandado de Montezuma, y lo que sobre ello pasó.

Habiéndonos recibido tan solenemente como habemos dicho, é ciertamente de buena voluntad, sino que, segun después pareció, envió á mandar Montezuma á sus embajadores que con nosotros estaban, que tratasen con los de Cholula que con un escuadron de veinte mil hombres que envió Montezuma, que estuviesen apercebidos para en entrando en aquella ciudad, que todos nos diesen guerra, y de noche y de dia nos acapillasen, é los que pudiesen llevar atados de nosotros á Méjico, que se los llevasen; é con grandes prometimientos que les mandó, y muchas joyas y ropa que entonces les envió, é un atambor de oro; é á los papas de aquella ciudad que habían de tomar veinte de nosotros para hacer sacrificios á sus ídolos; pues ya todo concertado, y los guerreros que luego Montezuma envió estaban en unos ranchos é arcabuezos obra de media legua de Cholula, y otros estaban ya dentro en las casas; y todos puestos á punto con sus armas, hechos mamparos en las azuteas, y en las calles hoyos é albarradas para que no pudiesen correr los caballos, y aun tenían unas casas llenas de varas largas y colleras de cueros, é cordeles con que nos habían de atar é llevarnos á Méjico. Mejor lo hizo nuestro Señor Dios, que todo se les volvió al revés; é dejémoslo ahora, é volvamos á decir que, así como nos aposentaron como dicho hemos, é nos dieron muy bien de comer los dias primeros, é puesto que los víamos que estaban muy de paz, no dejábamos siempre de estar muy

apercebidos, por la buena costumbre que en ello teníamos, é al tercero dia ni nos daban de comer ni parecia cacique ni papa; é si algunos indios nos venían á ver, estaban apartados, que no llegaban á nosotros, é riéndose como cosa de burla; é como aquello vió nuestro capitán, dijo á doña Marina é Aguilar, nuestras lenguas, que dijese á los embajadores del gran Montezuma que allí estaban, que mandasen á los caciques traer de comer; é lo que traían era agua y leña, y unos viejos que lo traían decían que no tenían más, é que en aquel dia vinieron otros embajadores del Montezuma, é se juntaron con los que estaban con nosotros, é dijeron muy desvergonzadamente é sin hacer acato que su señor les enviaba á decir que no fuésemos á su ciudad, porque no tenía qué darnos de comer, é que luego se querían volver á Méjico con la respuesta; é como aquello vió Cortés, le pareció mal su plática, é con palabras blandas dijo á los embajadores que se maravillaba de tan gran señor como es Montezuma, tener tantos acuerdos, é que les rogaba que no se fuesen, porque otro dia se querían partir para velle é hacer lo que mandase, y aun me parece que les dió unos sartalejos de cuentas; y los embajadores dijeron que sí aguardarían; y hecho esto, nuestro capitán nos mandó juntar, y nos dijo: «Muy desconcertada veo esta gente, estemos muy alerta, que alguna maldad hay entre ellos;» é luego envió á llamar al Cacique é principal, que ya no se me acuerda cómo se llamaba, ó que enviase algunos principales; é respondió que estaba malo é que no podía venir él ni ellos; y como aquello vió nuestro capitán, mandó que de un gran cu que estaba junto de nuestros aposentos le trujésemos dos papas con buenas razones, porque había muchos en él; trujimos dos dellos sin hacer deshonor, y Cortés les mandó dar á cada uno un chalchihui, que son muy estimados entre ellos, como esmeraldas, é les dijo con palabras amorosas, que por qué causa el Cacique y principales é todos los mas papas están amedrentados, que los ha enviado á llamar y no habían querido venir; parece ser que el uno de aquellos papas era hombre muy principal entre ellos, y tenía cargo ó mando en todos los mas cues de aquella ciudad, que debía de ser á manera de obispo entre ellos, y le tenían gran acato; é dijo que los que son papas que no tenían temor de nosotros; que si el cacique y principales no han querido venir, que él iría á les llamar, y que como él les hablase, que tiene creído que no harán otra cosa y que verán; é luego Cortés dijo que fuese en buen hora, y quedase su compañero allí aguardando hasta que viniesen; é fué aquel papa é llamó al Cacique é principales, é luego vinieron juntamente con él al aposento de Cortés, y les preguntó con nuestras lenguas doña Marina é Aguilar, que por qué habían miedo é por qué causa no nos daban de comer, y que si reciben pena de nuestra estada en la ciudad, que otro dia por la mañana nos queríamos partir para Méjico á ver é hablar al señor Montezuma, é que le tengan aparejados tamemes para llevar el fardaje é tepuzques, que son las bombardas; é también, que luego traigan comida; y el Cacique estaba tan cortado, que no acertaba á hablar, y dijo que la comida que la buscarían; mas que su señor Montezuma les ha enviado á mandar que no la diesen, ni

quería que pasásemos de allí adelante; y estando en estas pláticas vinieron tres indios de los de Cempoal, nuestros amigos, y secretamente dijeron á Cortés que habían hallado junto adonde estábamos aposentados hechos hoyos en las calles é cubiertos con madera é tierra, que no mirando mucho en ello no se podría ver, é que quitaron la tierra de encima de un hoyo, que estaba lleno de estacas muy agudas para matar los caballos que corriesen, é que las azuteas que las tienen llenas de piedras é mamparos de adobes; y que ciertamente estaban de buen arte, porque también hallaron albarradas de maderos gruesos en otra calle; y en aquel instante vinieron ocho indios tlascaltecas de los que dejamos en el campo, que no entraron en Cholula, y dijeron á Cortés: «Mira, Malinche, que esta ciudad está de mala manera, porque sabemos que esta noche han sacrificado á su ídolo, que es el de la guerra, siete personas, y los cinco dellos son niños, porque les dé vitoria contra vosotros; é también habemos visto que sacan todo el fardaje é mujeres é niños.» Y como aquello oyó Cortés, luego le despachó para que fuesen á sus capitanes los tlascaltecas, que estuviesen muy aparejados si los enviásemos á llamar, y tornó á hablar al cacique y papas y principales de Cholula que no tuviesen miedo ni anduviesen alterados, y que mirasen la obediencia que dieron, que no la quebrantasen, que les castigaria por ello; que ya les ha dicho que nos queremos ir por la mañana, que ha menester dos mil hombres de guerra de aquella ciudad que vayan con nosotros, como nos han dado los de Tlascala, porque en los caminos los habrá menester; é dijéronle que sí darian así los hombres de guerra como los del fardaje; é demandaron licencia para irse luego á los apercebir, y muy contentos se fueron, porque creyeron que con los guerreros que habían de dar é con las capitánias de Montezuma que estaban en los arcabuezos y barrancas, que allí de muertos ó presos no podríamos escapar, por causa que no podrían correr los caballos; y por ciertos mamparos y albarradas, que dieron luego por aviso á los que estaban en guarnición que hiciesen á manera de callejon que no pudiésemos pasar, y les avisaron que otro dia habíamos de partir, é que estuviesen muy á punto todos, porque ellos darian dos mil hombres de guerra; é como fuésemos descuidados, que allí harian su presa los unos y los otros, é nos podían atar; é que esto que lo tuviesen por cierto, porque ya habían hecho sacrificios á sus ídolos de guerra y les han prometido la vitoria. Y dejemos de hablar en ello, que pensaban que sería cierto; é volvamos á nuestro capitán, que quiso saber muy por extenso todo el concierto y lo que pasaba; y dijo á doña Marina que llevase mas chalchihuis á los dos papas que había hablado primero, pues no tenía miedo, é con palabras amorosas les dijese que les quería tornar á hablar Malinche, é que los trujese consigo; y la doña Marina fué y les habló de tal manera, que lo sabía muy bien hacer, y con dádivas vinieron luego con ella; y Cortés les dijo que dijese la verdad de lo que supiesen, pues eran sacerdotes de ídolos é principales, que no habían de mentir; é que lo que dijese, que no sería descubierta por via ninguna, pues que otro dia nos habíamos de partir, é que les daria mucha ropa; é dijeron que la

verdad es, que su señor Montezuma supo que íbamos á aquella ciudad, é que cada dia estaba en muchos acuerdos, é que no determinaba bien la cosa; é que unas veces les enviaba á mandar que si allí fuésemos que nos hiciesen mucha honra é nos encaminasen á su ciudad, é otras veces les enviaba á decir que ya no era su voluntad que fuésemos á Méjico; é que ahora nuevamente le han aconsejado su Tezcatepuca y su Huichilóbos, en quien ellos tienen gran devoción, que allí en Cholula los matasen, ó llevasen atados á Méjico. E que había enviado el dia antes veinte mil hombres de guerra, y la mitad están ya aquí dentro desta ciudad é la otra mitad están cerca de aquí entre unas quebradas, é que ya tienen aviso que os habeis de ir mañana, y de las albarradas que se mandaron hacer y de los dos mil guerreros que os habemos de dar, é cómo tenían ya hechos conciertos que habían de quedar veinte de nosotros para sacrificar á los ídolos de Cholula. Y sabido todo esto, Cortés les mandó dar mantas muy labradas, y les rogó que no lo dijese, porque si lo descubriesen, que á la vuelta que volviésemos de Méjico los matarian; é que se querían ir muy de mañana, é que hiciesen venir todos los caciques para hablalles, como dicho les tiene; y luego aquella noche tomó consejo Cortés de lo que habíamos de hacer, porque tenía muy extremados varones y de buenos consejos; y como en tales casos suele acaecer, unos decían que sería bien torcer el camino é irnos para Guaxocingo, otros decían que procurásemos haber paz por cualquiera via que pudiésemos, y que nos volviésemos á Tlascala; otros dimos parecer que si aquellas traiciones dejásemos pasar sin castigo, que en cualquiera parte nos tratarían otras peores, y pues que estábamos allí en aquel gran pueblo é había hartos bastimentos, les diésemos guerra, porque mas la sentirían en sus casas que no en el campo, y que luego aperciyésemos á los tlascaltecas que se hallasen en ello. Y á todos pareció bien este postrer acuerdo, y fué desta manera: que ya que les había dicho Cortés que nos habíamos de partir para otro dia, que hiciésemos que liáramos nuestro hato, que era harto poco, y que unos grandes patios que había donde posábamos, estaban con altas cercas, que diésemos en los indios de guerra, pues aquello era su merecido, y que con los embajadores de Montezuma disimulásemos, y les dijésemos que los malos de los cholultecas han querido hacer una traición, y echar la culpa della á su señor Montezuma, é á ellos mismos como sus embajadores; lo cual no creíamos que tal mandase hacer, y que les rogásemos que se estuviesen en el aposento de nuestro capitán, é no tuviesen mas plática con los de aquella ciudad, porque no nos den que pensar que andan juntamente con ellos en las traiciones, y para que se vayan con nosotros á Méjico por guías; y respondieron que ellos ni su señor Montezuma no sabeu cosa ninguna de lo que les dicen; y aunque no quisieron, les pusimos guardas porque no se fuesen sin licencia y porque no supiese Montezuma que nosotros sabíamos que él era quien lo había mandado hacer; é aquella noche estuvimos muy apercebidos y armados, y los caballos ensillados y enfrenados, con grandes velas y rondas, que esto siempre lo teníamos de costumbre, porque tuvimos por cierto que todas las capitánias,